



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DÉCANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9726

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 6 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1.

(Paseo de Recoletos.)

Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.



GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. > 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Los dos pañuelos.

Hace pocos días salí de mi casa con ánimo de dar un paseo pero sin rumbo fijo, así como la casualidad más que mi intención me llevó

andando á orillas del caudaloso Manzanares. Cuando me di cuenta del sitio donde me encontraba, un originalísimo cuadro se ofrecía á mi vista. Hallábame entre un enjambre de pobres lavanderas que arrodilladas dentro de sus bancas, con sendos montones de ropa al lado y los brazos desnudos, lavaban pieza tras pieza sin descansar, mientras cantaban ó reían tal vez para hacer más llevadero su duro trabajo. En un laberinto de tendedores veíase colgada ropa de todas las clases de la sociedad. Pendientes de una misma cuerda, sujetas por las mismas pinzas de madera ó alfiler, estaba una finísima camisa de bordado canesú junto á la blusa de algún albañil. . . más allá la sábana aristocrática con cifra y corona bordadas, al lado de remendadísimos calzoncillos. Al ver congregadas allí las ropas de tantos y tan distintos dueños, pensaba yo en lo agenos que estarían de pensar algunos aristócratas, que en aquellos momentos se rozaban sus prendas interiores con otras no menos

interiores, pero mucho más plebeyas. . . Al contemplar aquel revoltijo de ropas de ricos y pobres, lavadas todas con la misma agua, puestas á secar *al mismo sol*, empezaba á bullir en mi cerebro algo así como de socialismo y ya me iba engolfando cuando llamó mi atención una voz extraña que sonaba detrás de mí. Volví la cabeza y no vi á nadie. Sin embargo aquella voz continuó. . . ¿De donde partía? Me fijé más y solamente vi un gran talego de ropa sucia, abierto por la boca y por la cual asomaban dos pañuelos. El uno era de caballero: el otro de señora á juzgar por su tamaño, finura etc. . . Calculen mis queridos lectores, si acaso los tengo, cual sería mi asombro cuando vi que aquella voz no partía ni más ni menos que de uno de aquellos trozos de lienzo. Me acerqué cuanto pude para enterarme de aquella singular conversación y oí que el *pañuelo masculino*, con tono algo dramático se expresó de esta manera:

—Ya que te empeñas sea. Allá va mi historia. Nací no sé como ni donde, aun cuando tengo motivos para creer que fue en el extranjero. No conocí á mis padres; fuimos doce hermanos y todos vivíamos en paz y gracia de Dios colocados en la estantería de un comercio. Jamás hubo entre nosotros diferencia alguna así que gozábamos de una paz verdaderamente octaviana, cosa muy rara por cierto tratándose de una familia de tantos hermanos. . . Un día entró en la tienda una jovencita muy linda por cierto; pidió pañuelos para caballero, de buena clase y como aunque me deté mal el decirlo, nosotros éramos de lo mejorcito del establecimiento, en un momento nos encontramos toda la familia extendida sobre el mostrador. La compradora me cogió á mí por ser el *cabezera*, me miró con unos ojazos muy grandes y negros, me cotejó con otros pañuelos que sin ánimo de ofenderlos no se podían comparar en

nad conmigo, me frotó, me restregó una porción de veces y después de regatear, como es consiguiente, cuanto pudo, decidió llevarse. Al momento sentí que las afiladas tijeras del dependiente que antes tanto me había ensalzado, se clavaron entre un hermano mío y yo; después sonó un ¡paaaás! que heló todas mis fibras y quedé separado para siempre de mis hermanos. Como es natural, aquella separación me hizo derramar abundantes hilachos por uno de mis costados, pero el hortera que no entendía de sentimentalismo me envolvió con suma ligereza y me entregó á mi nueva dueña. Llegamos á su casa y en cuanto me desenvolvió empezó para mí el Via-crucis. Tira de aquí, tira de allá no paró hasta dejarme fuertemente sujeto á unos palitroques y unos cordeles. . .

—¡Ah, pobrecillo!—Exclamó el colega que á pesar de ser *fementino* había estado sin decir palabra y escuchando atentamente.

—¡También has estado en un bastidor como yo! . . . Mira; mira lo que me hicieron á mí. . . —Y al decir esto, mostró á su compañera una de sus puntas con una bonita P bordada.

—Entonces omito el explicarte lo que allí se sufre, puesto que lo sabes. Solo te dire que eran tantos mis padecimientos que yo estaba ya á punto de estallar. . . ¡Gracias que, como ya te he dicho antes yo soy de muy buena clase, que si no! . . . Bueno, pues de aquel modo estuve una porción de días. Mi dueña que se había convertido en mi verdugo todos los días me daba los consiguientes pinchacitos. Parecía que gozaba con mi suplicio. Pero no hay mal que cien años dure y un día, el más feliz de mi vida, después de darme el acostumbrado ratito de juqueca lanzó sobre mí un profundo suspiro y exclamó: «Gracias á Dios. ya lo he terminado! . . . Ahora solo falta que sea de su agrado. . . ¡que si lo será habiéndoseo bordado yo! . . . » y acto continuo cortó mis

ligaduras; me lavó, me planchó cuidando de dejar al descubierto mi punta más lastimada y corriendo me fue á enseñar á unas amigas suyas que se deshicieron en elogios. Sobre todo lo que mas les gustó, fue un pensamiento que tengo aquí bordado junto á una letra. . . Yo, con esto estaba que no cabía en mi legido de gozo. ¡Lo que puede la lisonja! Hasta se me olvidaron los sufrimientos pasados. Aquella misma noche mi dueña me metió en una bolsa de papel y me encerró. Pero no estaba yo solo en aquel encierro; me acompañaba un papel lleno de garabatos. . . era una carta de mi ama para su novio. ¡Si supieras que cosas decía en aquella carta! ¡Vamos, si parece mentira que luego *todo aquello* pasara al olvido! No; si yo lo decía: mi ama antigua no podía ser buena. Yo comprendí que era muy falsa desde que vi que después de mirarme en la tienda con aquellos ojos tan hermosos y darme la dadada de miel de preferirme, me puso una punta hecha un Ecce-Homo. No puedo recordarlo sin que mi jaretón se exaspere. Y al decir esto, una mancha rojiza que casi le tefía por completo parecía que tomaba un tinte más vivo. . .

—No tardé en recaperar mi libertad perdida—continuó nuestro *héroe de lienzo*. A poco de estar en aquella cárcel de papel sentí que se rompía. Los dedos de un hombre joven me sacaron de allí. ¡Qué simpático me fue mi libertador! Este enseguida me cogió y examinó atentamente. Me dió muchos besos me metió debajo de su almohada y se acostó. ¡Qué feliz fui aquella noche! Solo una cosa no me gustó; y es que á la mañana siguiente, al despertar mi amo, lo primero que hizo fue hacerle muchas caricias y darle muchos besos antes que á mí á un cartón, en el cual me pareció ver la fisonomía de mi antigua martirizadora. Qué rabia me daba que aquel hombre que parecía tan bueno quisiera tanto á aquella mujer

EL ULTIMO MOHICANO.

423

matador de gamos derribará uno, de cada tres veces, dos.

—Olvidáds nuestra misión, contestó Heyward. Por el amor del cielo aprovechemos esta ventaja, y pongamos mayor distancia entre nosotros y los enemigos.

—Pensad en mis hijas! exclamó Munro con voz ahogada, y en la desesperación de un padre. Devolvedme mis hijas.

Una larga costumbre de deferencia hacia las órdenes de sus superiores, había enseñado al cazador la virtud de la obediencia. Dirigiendo una mirada de pesar hacia las canoas enemigas, colocó su fusil en el fondo del esquife, y ocupó el puesto de Duncan cuyas fuerzas se iban agotando. Sus esfuerzos fueron secundados por los de los Mohicanos, y en pocos minutos pusieron tal distancia entre ellos y los Hurones, que Duncan respiró libremente.

En vez de costear la orilla occidental en la que tenían que desembarcar, el prudente Mohicano dirigió su canoa hacia las montañas que se veían en la opuesta, y detrás de las que sabía que se hallaba Montecalm con todo su ejército, que había conducido á la terrible fortaleza de Flouderago. Como los Hurones parecían haber renunciado á perseguirlos, no existía motivo aparente para este exceso de precaución. Sin embargo, continuaron muchas horas siguiendo

422 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

que suplía á su falta de práctica. En tanto el cazador había cogido su fusil, y después de cambiar el cebo, apuntó á un Huron que se disponía por su parte á disparar también. El tiro salió, y el salvaje cayó de espaldas, en tanto que su fusil se escapaba de sus manos y se sumergía en el lago. Sus camaradas abandonando los remos se agruparon alrededor de él, y las tres canoas quedaron estacionadas.

Chingachgook y Uncas aprovecharon aquel momento para tomar aliento, pero Duncan siguió remando con constancia. El padre y el hijo se miraron, pues cada uno de ellos quería saber si el otro había sido herido por los Hurones. Algunas gotas de sangre caían de un hombro de Sagamore, pero este al ver que los ojos de Uncas estaban fijos en él, con inquietud, cogió en el hueco de la mano agua para lavar su herida, y que pudiera ver que la bala no había hecho más que rozar la piel.

—Despacio, mayor, más despacio! dijo el cazador después de cargar nuevamente su carabina. Ya estamos algo lejos para que mi fusil pueda cumplir bien su obligación. Ya veis que esos bribones se han reunido en consejo; dejémoslos llegar á tiro; se puede confiar en mí en estos casos. Quiero pasarlos por todo el Horicán, manteniéndoles á una distancia en que yo os garantizo que ninguna de sus balas nos hará más daño que un arañazo si acaso, mientras que mi

EL ULTIMO MOHICANO.

419

remar y es con pedazos planos de madera con lo que tenemos que defender nuestras cabelleras.

—Se preparan á hacer fuego, dijo Heyward pasado un momento, y como están en línea recta no pueden dejar de apuntar bien.

—Ocultaos en el fondo de la canoa con el coronel. —Sería dar un mal ejemplo, contestó Heyward sonriendo, ocultarnos en el momento del peligro.

—Señor Dios! exclamó Ojo de Halcón, he ahí lo que es el valor de un blanco! Pero este, lo mismo que sus acciones, no siempre se fundan en la razón. Creéis que el Sagamore, Uncas, ó yo mismo que soy un hombre de sangre pura, dudáramos en ocultar nos, en el momento en que no fuera conveniente presentarse al descubierto? Entonces, porqué los franceses han rodeado á Quebec de fortificaciones, el hay que combatir siempre de ese modo?

—Todo cuanto decís será verdad, mi digno amigo. replicó Heyward, pero nuestras costumbres no nos permiten seguir vuestra consejo.

Una descarga de los Hurones interrumpió la conversación, y mientras las balas silbaban en sus oídos, Duncan vio á Uncas volver la cabeza para saber que había sido de él y de Munro, mostrando en su semblante la extrañeza que sentía al ver á aquellos hombres exponerse voluntariamente á un peligro inútil. Chingachgook conocía sin duda mejor las ideas de